

ENTREVISTA A ENZO TRAVERSO

Uno no puede trabajar sobre el mundo contemporáneo sin asumir una parte de subjetividad

Por Nadia Tahir*

En esta entrevista, el historiador Enzo Traverso, especializado en la historia europea y en la historia intelectual del siglo XX, reflexiona sobre el rol de los investigadores que trabajan sobre el tiempo presente. Como académico italiano que desarrolló gran parte de su carrera en Francia, repiensa las singularidades de estas investigaciones en el marco de una “globalización” de sus planteos y discusiones.

* Nadia Tahir es *Maître de Conférences* en la Universidad de Caen Basse-Normandie. Es doctora en Estudios Románicos por la Universidad de Paris-Sorbonne y miembro exterior del Núcleo de Estudios sobre Memoria. Ha trabajado sobre movilizaciones de víctimas de la última dictadura en Argentina y más ampliamente sobre la noción de víctima en el marco de las construcciones memoriales sobre el pasado. Ha publicado varios artículos y su tesis de doctorado: *Argentine. Mémoires de la dictature* (2015), Rennes: PUR.



Fotografía: Magali Molinié

Nadia Tahir: Me gustaría empezar con una cita de su obra *La Historia como campo de batalla*: “[...] la historia de los conceptos me parece actualmente indispensable para que los historiadores tomen conciencia de las herramientas con las que trabajan, así como para deconstruir las palabras a través de las cuales se hace la historia, y sus actores la conciben y la representan. Hay que saber de dónde vienen los conceptos que usamos y por qué usamos esos y no otros”¹. ¿Cómo llegó a esta constatación? ¿Algún trabajo concreto lo llevó a hacer esta observación?

Enzo Traverso: Llegué a la historia de los conceptos –que Reinhart Koselleck construyó como disciplina (*Begriffsgeschichte*)– gracias a mis trabajos sobre la historia intelectual, sobre todo la del espacio cultural alemán². La historia de los conceptos es una corriente de la historiografía que ha sido bastante ignorada en el marco de investigaciones empíricas. Todos los historiadores de esa disciplina tienen una formación en filosofía y/o filología. Y vienen, en general, de un ámbito intelectual más bien de derecha. Sin embargo, han crea-

¹ Traverso, Enzo (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo xx*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 21.
² Véase, por ejemplo, Koselleck, Reinhart (2001). *historia|Historia*, Madrid: Trotta y *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (2001), Barcelona: Paidós.

do una verdadera corriente que llevó a la publicación de una obra en varios tomos, los *Geschichtliche Grundbegriffe*, es decir, los conceptos fundamentales de la historia. Se trata de entender el marco de los conceptos que el historiador utiliza y de establecer su historia, pues tienen una historicidad. Algunos tienen cuatro o cinco siglos, pero no siempre fueron empleados con el mismo objetivo, la misma función y, sobre todo, no siempre tuvieron el mismo significado. Todo esto me parecía un punto de inicio importante. Entonces, partiendo desde la perspectiva de la historia intelectual, me pregunté cuál era el aparato conceptual historiográfico utilizado para trabajar la historia del tiempo presente y cómo las reflexiones de esa corriente historiográfica contemporánea podían ayudarnos a estudiar espacios totalmente ajenos a los de esta escuela alemana.

Esta reflexión surge de una experiencia personal en el marco de mis intercambios en otros países europeos y, sobre todo, en países latinoamericanos. En una época a la que llamamos “globalización”, dentro de la cual se globalizan problemáticas, y a pesar de que los objetos de investigación puedan ser distintos, hay cuestiones comunes. Trabajamos a una escala global con conceptos que no siempre se manejan de la misma manera. Mis interrogantes partían de esta constatación. Sin embargo, me parece un poco difícil pasar de la reflexión estrictamente teórica y abstracta a pensar el es-

tatuto de los conceptos en una tradición intelectual, historiográfica y nacional y su aplicación a otros contextos y su globalización. Más allá de la historia conceptual, es algo que nos concierne a todos como investigadores. Por ejemplo, hay muchos historiadores que están obsesionados con los archivos, las fuentes, que son muy rigurosos en su forma de tratarlos y que pueden elaborar análisis muy finos de algunas fuentes, pero que no cuestionan nunca las premisas epistemológicas de su trabajo. Para alguien como yo, que intenta establecer una historia social de las ideas y de los intelectuales, la articulación entre los conceptos y las fuentes, entre una perspectiva intelectual general y un trabajo empírico, no es evidente. Plantea problemas y conviene cuestionarse. No es el caso de todos los historiadores.

N. T.: Pero el desfase entre lo empírico y lo teórico, ¿sólo se refiere a los que trabajan sobre la historia del tiempo presente o a todas las ramas de la historia?

E. T.: Creo que los que se dedican a la historia contemporánea están más expuestos a este tipo de interrogaciones y reflexiones. Los que trabajan sobre la Edad Media o la historia antigua, a veces tienen que apropiarse de herramientas muy sofisticadas o más complejas que los que investigan sobre épocas más contemporáneas. Tienen que conocer filología, lenguas muertas,

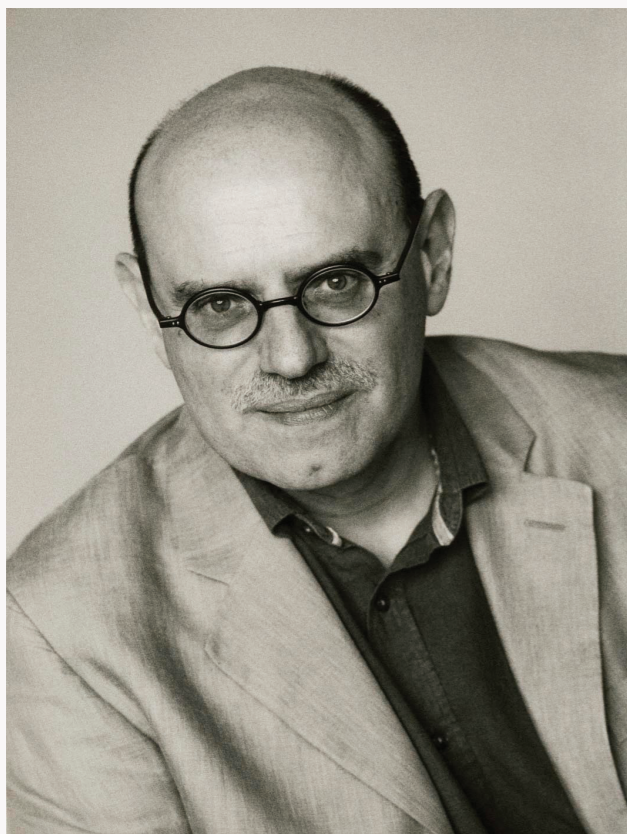
teología, etcétera. Pero quienes trabajan sobre la Edad Media dicen: “investigo sobre este tema, hay un corpus bien definido”; las fuentes son precisas, son, *a priori*, circunscriptas. Sin embargo, para quienes se centran en historia contemporánea hay una proliferación de fuentes que les obliga a utilizar métodos diferentes y a interrogarse sobre esos métodos y sobre los conceptos con los que trabajan.

N. T.: Con esto quiere decir que muchos historiadores empiezan a estudiar un corpus “difuso” sin dominar necesariamente las herramientas antes de empezar, ¿es una constatación que hizo en varios países?

E. T.: Siempre me han sorprendido las situaciones paradójicas. Alemania, ya que hablábamos de la historia de los conceptos, es un país en el que la historiografía contemporánea es muy positivista, allí nació la historia de los conceptos y, sin embargo, es quizás el país en el que esta articulación a la que me refería antes se practica menos. Esto se puede relacionar con la herencia de las historias nacionales en una época de globalización. Por una parte, hay países, como por ejemplo Francia, que tienen una tradición de la cual están muy orgullosos. Tienen una actitud un poco conservadora, ya que se dan cuenta de que esta tradición no está en los niveles en los que estaba antes. El lugar de Francia, en términos de producción a escala global, no es el que

UNA TRAYECTORIA TRANSNACIONAL

Enzo Traverso nació en Italia en 1957. Tras estudiar la carrera de Historia en su país natal, obtuvo en 1989 su doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) en París bajo la dirección de Michael Löwy. Ha sido docente en el EHESS y en la Universidad de Picardie en Francia. Fue profesor invitado en Alemania (Universidad libre de Berlín), en Argentina (Universidad Nacional de La Plata), en España (Universidad de Valencia y Universidad Autónoma de Barcelona) y en México (Universidad Autónoma de México, Universidad del Claustro de Sor Juana, Instituto Nacional de Antropología e Historia), entre otros países. Es actualmente *S. B. Winokur Professor in the Humanities*, en la Universidad de Cornell de Nueva York. Ha publicado numerosas obras traducidas a varios idiomas, de las cuales se pueden destacar en español: *La violencia nazi. Una genealogía europea* (2003). Buenos Aires: FCE; *A Sangre y Fuego. De la Guerra Civil Europea, 1914-1945* (2009). Buenos Aires: Prometeo; *El pasado. Instrucciones de uso* (2001). Buenos Aires: Prometeo; *La Historia como campo de batalla: interpretar las violencias del siglo xx* (2013). Buenos Aires: FCE; *El final de la modernidad judía. El giro conservador* (2014). Buenos Aires: FCE; y *¿Qué fue de los intelectuales?* (2014). Buenos Aires: Siglo XXI. En su libro *La Historia como campo de batalla...*, Enzo Traverso retoma algunos de los debates historiográficos más importantes del siglo xx y propone repensar los conceptos que más circulan en la historiografía contemporánea en la actualidad.



tuvo hace cincuenta años. En este contexto, hay una tendencia a defender un sistema institucional. Podemos hablar, por ejemplo, del peso de las escuelas que se dividen los puestos en las universidades porque tienen un anclaje institucional muy fuerte. Todo esto puede tener un efecto conservador muy nefasto.

Hay tendencias que se cristalizan, por ejemplo, hay corrientes dominantes en el mundo anglosajón a las que la historiografía francesa sólo se acerca con mucho retraso. Para que esto cambie tiene que haber choques, detonadores, revueltas como las que hubo en las periferias de las ciudades francesas en 2005³ y que llevaron a una mayor legitimidad de los estudios poscoloniales. Estos se convirtieron entonces en una corriente en sí misma, con sus especificidades

e interrogantes particulares, con sus propios recursos, con su dinamismo y vitalidad, y se alimentaron del diálogo con lo que se produce en otras partes. En Francia ese proceso se generó con mucho retraso. Ocurre lo mismo en las ciencias políticas o en filosofía.

Por otra parte, hay países más abiertos que no tienen esta misma historia de institucionalización de las disciplinas. Por ejemplo, Italia es un país mucho más permeable a las influencias alemanas, anglosajonas, francesas o hispánicas. Hay países que históricamente siempre han sido puntos de encuentro: es el caso de Argentina. Argentina es un país en el cual hay una obsesión por estar a la vanguardia, cualquier corriente tiene que tener su propia representación y hasta, a veces, de forma caricaturesca. Y para

terminar, hay países muy autistas. Estados Unidos, por ejemplo, es un país con una gran riqueza que absorbe todo a nivel de producción, pero que a la vez traduce muy poco de lo que se produce en otros lados.

Todo esto merece ser estudiado, porque no se trata de un proceso lineal. Me gustaría estudiar cómo la globalización pasa por una suerte de uniformización u homogeneización conceptual. Por ejemplo, un debate que vuelve tanto en España como en Argentina u otros países, es el uso, hoy en día, del concepto de “genocidio” y cómo se está convirtiendo en un prisma a través del cual se interpretan, se leen experiencias históricas muy distintas. Pero esto está ligado al proceso de globalización que conlleva que nos acerquemos a experiencias diversas en el marco de contextos diferentes.

N. T.: En Argentina, la utilización del concepto de “genocidio” constituye efectivamente un debate, pero las investigaciones académicas sobre la represión dictatorial no la generalizan. Creo que es, sobre todo, un debate para los actores que reclaman sobre los crímenes de la dictadura.

E. T.: Es verdad, pero si miramos el caso español, uno de los mayores especialistas de la Guerra Civil Española, Paul Preston, acaba de publicar un libro que se llama *The Spanish Holocaust*⁴. Hace veinte años esto hubiera sido inimaginable. A nadie se le hubiese ocurrido calificar de “Holocausto”, o de “genocidio”, a la Guerra Civil Española, fuera cual fuera la dimensión asesina de esta experiencia histórica. En este caso, la historia conceptual nos ayuda: ¿de dónde viene el concepto de “genocidio”? Pode-

mos escribir su historia e inmediatamente entender que se trata de un concepto de origen jurídico, nacido en el marco del derecho para responder a problemas de orden jurídico: quién es el culpable y quién es la víctima. Hay una transferencia que se opera progresivamente desde ese marco de origen y que va hacia las ciencias sociales y, particularmente, la historiografía. Se produce entonces un choque. Si nos interrogamos sobre los conceptos que utilizamos podemos entender que en la forma de acercarse a las violencias políticas en el mundo contemporáneo, hay cierta ósmosis entre un cuestionamiento de tipo ético-político (¿cuál es la herencia de este trauma, de estas violencias, de esta herida que sigue siendo profunda?) y las implicancias ligadas a la forma de escribir este pasado. Un pasado que todavía no se “enfrió”, que no está del todo cerrado, cuyas huellas en el presente siguen siendo muy fuertes. Creo que para esto la historia conceptual –interrogarse sobre las premisas epistemológicas del propio trabajo– puede ser útil.

N. T.: En este choque están efectivamente la justicia y las ciencias sociales, pero también están los actores, las víctimas de las cuales usted habla en sus obras. Entonces se trata también de interrogarse sobre la relación entre actores e investigadores. ¿En qué medida cuando uno utiliza conceptos como el de “genocidio” se puede decir que hay una relación muy marcada con estos actores?

E. T.: De nuevo, tanto el derecho como las ciencias sociales no existen suspendidos o levitando en el aire. Están anclados en contextos sociales y políticos y entonces el uso

3 En noviembre de 2005, tras la muerte de dos adolescentes en Clichy-Sous-Bois, una ciudad de la periferia de París, estallaron disturbios durante más de un mes en numerosas localidades en las afueras de las grandes ciudades francesas. Desde entonces se publicaron muchos trabajos de investigadores que relacionan estos acontecimientos con los traumas ligados al periodo del final de la colonización francesa y con el hecho de que muchos jóvenes franceses descendientes de la inmigración estuvieron implicados en esos disturbios.

4 Preston, Paul (2012). *The Spanish Holocaust*, Londres: Harper Press; *El Holocausto español* (2013). Madrid: Libros del Bolsillo.

de conceptos por parte de los actores o de colectivos implica una demanda de reconocimiento. Podemos hacer varios comentarios en relación con esto. Durante mucho tiempo se ha utilizado el término “genocidio” para despolitizar los acontecimientos. El caso argentino es bastante emblemático. Durante dos décadas, ya no es el caso hoy, se evacuó la cuestión del compromiso político, de la lucha armada, de la memoria de las luchas y de la militancia. Utilizar el término “genocidio” era muy importante para obtener el reconocimiento de las víctimas, pero también, en algunos casos, era una forma de despolitizar. Por ejemplo, en España, ahora ya no se trata de una guerra entre democracia y fascismo, es una catástrofe humanitaria en la que la cuestión central es la de los derechos humanos ultrajados y violados. Entonces se oculta la dimensión política.

Cuando los investigadores están en contacto con los actores, trabajan en medio de contradicciones y tensiones que hay que asumir. No podemos pretender estar como observadores neutros para tomar apuntes y para escucharlos sin tener alguna implicación subjetiva. Sería falso. Sin embargo, es evidente que si damos el paso y decimos que escribimos “en nombre de las víctimas”, entonces se plantea un problema, pues el punto de vista asumido puede llegar a anular la distancia crítica indispensable para investigar. Y creo que es una contradicción que no se puede resolver.

N. T.: En este caso, ¿los análisis sobre el pasado reciente se alimentan de esta tensión?

E. T.: Por supuesto, pero creo que la única cosa honesta que se puede hacer es asumir

esta contradicción. Uno puede resolver el problema adoptando la posición de la neutralidad axiológica de la ciencia, pero todos los que pretenden esto en la introducción de sus libros son hipócritas y falsos. Se puede perfectamente ver el grado de implicación que hay en la selección de las fuentes, la definición del objeto de estudio y la forma de tratarlo. En este sentido, un caso emblemático y que tendría que ser estudiado por todos los historiadores del mundo contemporáneo sigue siendo el *Historikertreit*, el debate entre historiadores que tuvo lugar en Alemania en los años ochenta en torno al Holocausto⁵. Desde el plano intelectual es una experiencia fundadora, ya que todos los debates a los cuales nos hemos enfrentado en los últimos treinta años están condensados en aquella discusión y experiencia. Hay historiadores que han sido, con razón, criticados por plantear y elaborar interpretaciones que tenían rasgos apologéticos. Eran, sin embargo, partidarios de la objetividad, del carácter científico de su trabajo. Pienso que esto llevó a un debate sano ya que demostró este tipo de contradicciones y dejó en evidencia que uno no puede trabajar sobre el mundo contemporáneo sin asumir una parte de subjetividad. Es el caso particularmente de las investigaciones sobre el mundo contemporáneo, pero vale para todo tipo de investigación.

N. T.: ¿Esta situación se puede vincular con las relaciones que se plantean entre el investigador y sus testigos?

E. T.: Para contestar a su pregunta, hay que evocar de nuevo la subjetividad y la escritura del pasado. Hay tensiones que hay que asumir y también deben establecerse fron-

teras. No se puede decir a los investigadores cómo tienen que escribir. Cierta dosis de positivismo y de objetividad es también indispensable. El hecho de que, desde la historia oral, el testimonio se haya convertido en una fuente en sí, legítima, y que sea, a veces, la base a partir de la cual uno escribe ha cambiado, de cierta manera, el estatuto del testigo, la relación del investigador con sus fuentes y las implicancias de ello sobre la fuente. La manera en la que los actores de la historia testimonian hoy sobre sus vivencias ha cambiado en comparación con otras formas de testimoniar de hace treinta o cuarenta años. Antes había otra distancia con el acontecimiento y el estatuto del testigo era muy diferente.

Le voy a contar una anécdota que tuvo lugar en Buenos Aires. Me invitaron al Museo del Holocausto para dar una conferencia, hace ya unos años. Los argentinos son muy acogedores y conocí, entonces, a muchas personas. Una señora mayor vino a verme, me enseñó su tatuaje y me dijo: “Yo soy un pedazo de Historia”. Esta actitud no hubiese sido posible antes; en la actualidad los testigos tienen una autoconsciencia del valor de su palabra. El problema del historiador es que cuando intenta estudiar algunos acontecimientos tiene que superar esta aura y la dimensión de heroísmo que rodean al testigo y que están construidas por la memoria. Pero en medio de esto hay que tener en cuenta también que los actores del acontecimiento no tenían en absoluto el sentimiento de ser héroes cuando los hechos se produjeron. Por ejemplo, cuando leemos documentos relacionados con la insurrección de Varsovia, las preguntas que se plantean los actores son las que cualquier organización política enfrentada



Archivo del entrevistado

Cuando los investigadores están en contacto con los actores, trabajan en medio de contradicciones y tensiones que hay que asumir. No podemos pretender estar como observadores neutros para tomar apuntes y escucharlos sin tener una implicación subjetiva. Sin embargo, es evidente que si decimos que escribimos “en nombre de las víctimas”, se plantea un problema, pues el punto de vista asumido puede llegar a anular la distancia crítica indispensable para investigar. Es una contradicción que no se puede resolver.

⁵ Para una reconstrucción de este debate, Evans, Richard (1989). *In Hitler's Shadow*, New York: Pantheon Books.

Las conmemoraciones del desembarco en Normandía o las de las batallas de la Primera Guerra Mundial se han convertido en un elemento constituyente de la industria cultural. Detrás viene el turismo de la memoria, el pasado cosificado se convierte en un bien de consumo cultural y esto tiene implicancias muy importantes sobre el trabajo de los historiadores.

a una situación absolutamente trágica se plantearía, no hay en ningún caso el sentimiento de ser héroes o de estar desarrollando una acción que va a enmarcarse en la historia y que podría darles un estatuto de gloria. Hay que tener esto en cuenta ya que muchos testigos, que tienen *a posteriori* consciencia de la dimensión excepcional de la experiencia vivida, proyectan retrospectivamente esta consciencia, diferente a la que tenían en el momento de los hechos, y esto puede llegar a tergiversar el acontecimiento. Creo que la ósmosis entre historia y memoria es tan importante hoy en día que esto modifica el estatuto del testigo y hay que estar consciente de ello cuando uno trabaja con esas fuentes.

N. T.: En Francia, por ejemplo, ahora estamos enfrentados a la desaparición de los testigos de la Segunda Guerra Mundial. Esta cuestión que se plantea a quienes trabajan cuestiones centradas en la memoria y la historia reciente, ¿es una situación singular en el marco de la investigación en ciencias sociales?

E. T.: La desaparición de los testigos tiene consecuencias. Nos pone ante el agotamiento de un ciclo, un ciclo de la memoria, pero también un ciclo de la historia, de la escritura de la historia. Sin embargo, conviene señalar que se trata de testigos que han hablado, que han testimoniado

en muchos ámbitos. No podemos decir que estamos ante un riesgo de ininteligibilidad como en los casos en que hay testigos que fallecen y nunca testimoniaron. El problema es más bien lo que harán las nuevas generaciones con estos testimonios producidos en un contexto muy particular. La forma de testimoniar está muy marcada por condiciones generales. La cuestión que se plantea es, sobre todo, saber cuál será la utilización de estos testimonios dados en los noventa o la primera década del siglo XXI dentro de veinte años. Igualmente, me parece que van a surgir nuevos objetos, nuevos planteos. La subjetividad del testigo no constituye la única clave para entender el acontecimiento. No todo está perdido cuando el testigo ya no está.

N. T.: En todo caso, esa idea reproduce el discurso político. Es lo que hemos podido ver, recientemente, con las conmemoraciones del 70° aniversario del desembarco en Normandía y la presencia de numerosos jefes de Estado para lo que se ha llamado “la última conmemoración significativa con la presencia de los soldados de la época”⁶.

E. T.: No hay que ser ingenuo cuando se evocan estos temas. Las conmemoraciones del desembarco en Normandía o las conmemoraciones de las batallas de la Primera Guerra Mundial, o de todo tipo de acontecimiento, se han convertido en un elemento

constituyente de la industria cultural. Detrás viene el turismo de la memoria, el pasado cosificado se convierte en un bien de consumo cultural y esto tiene implicancias muy importantes sobre el trabajo de los historiadores.

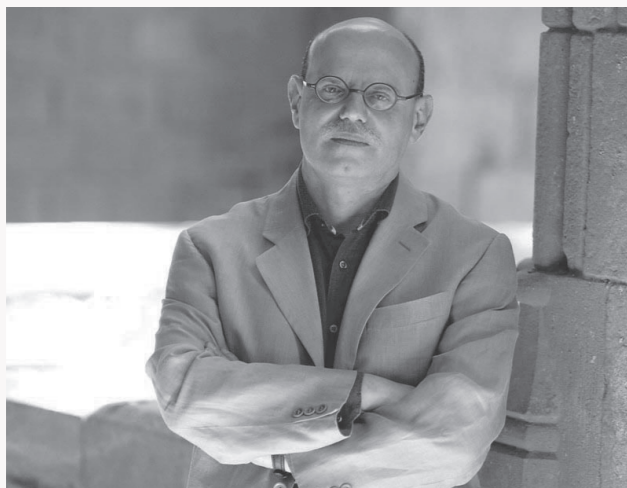
N. T.: En este sentido, ¿podemos decir que el investigador desempeña un papel determinado? ¿Es un observador atento? ¿Le toca adoptar una posición particular?

E. T.: Es un verdadero problema, ya que sabemos perfectamente que se trata de un dispositivo “disciplinario”, en el sentido del término dado por Foucault. Existen las conmemoraciones, la universidad y los medios de comunicación. En ese marco, ¿cuántos historiadores están escribiendo un libro que tienen que publicar antes de tal fecha u otra porque es el periodo de conmemoración de algún acontecimiento? ¿Cuántos jóvenes investigadores trabajan sobre la cuestión porque es un tema que puede ofrecer ciertas oportunidades, por ejemplo, financiamiento para sus investigaciones? En las últimas décadas, el Holocausto se ha convertido en el centro de la Segunda

Guerra Mundial en la representación común del pasado, pero esto no corresponde para nada a la consciencia de los actores de la historia y a la mirada de los contemporáneos de este acontecimiento. Por supuesto, para los judíos era el corazón de la guerra, pero no era así para todo el mundo.

No estamos hablando de un sistema totalitario que impone una ideología sobre lo que hay que investigar o producir, no es una ideología que proviene del Estado y que impone lo que hay que escribir o que impone categorías de interpretación o ciertas temáticas, como una historia vigilada. Estamos hablando de algo totalmente distinto pero mucho más efectivo, de una influencia sobre el mundo mental de nuestros contemporáneos, incluidos los investigadores. Hay que tener esto presente y procurar evitarlo. Son obligaciones que no son formales, pero que tienen un peso significativo. Si decidimos ceder ante este tipo de presiones, entonces nos arriesgamos a alimentar cierto tipo de conformismo ya existente. Sin embargo, si uno quiere evitar estas reglas, entonces va a tener que pagar el precio. Pero hay que hacerlo, aun si parece que quien lo hace es un kamikaze.

⁶ El 6 de junio de cada año se conmemora el desembarco de las tropas aliadas (Canadá, Estados Unidos, Reino Unido principalmente, pero no exclusivamente) en Normandía, al oeste de Francia. Este desembarco ocurrió en 1944 y fue un momento estratégico esencial en la derrota de las tropas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. En 2014, hubo muchas conmemoraciones para celebrar los 70 años de este acontecimiento. El 6 de junio, los presidentes de los principales países occidentales se encontraron en las playas de Normandía acompañados por algunos soldados que habían desembarcado en 1944. Los medios de comunicación y los hombres políticos de varias naciones insistieron sobre el hecho de que era, probablemente, una de las últimas conmemoraciones en la que estarían presentes estos actores que en la actualidad tienen una edad promedio de 85 años.



Archivo del entrevistado

Lo digo porque si pensamos que las décadas de 1960-1970 son ahora un objeto legítimo, fue porque alguien empezó a estudiarlas. Hoy, antes de haber defendido la tesis de doctorado, los estudiantes ya han tenido que presentarse a entrevistas para saber cuál va a ser su tema de investigación; en este marco, buscan temas que les garanticen un puesto de trabajo en la universidad. Es el paradigma neoliberal. Ahora les pedimos a los jóvenes que gestionen sus carreras según el principio de la competencia, de la productividad, tienen que saber venderse en el mercado. Eso no era así antes.

N. T.: ¿Cómo se legitima entonces un nuevo objeto de investigación si es tan difícil proponer temas de tesis que van en direcciones distintas a las propuestas y/o apoyadas por las instituciones?

E. T.: Es evidente que no estoy defendiendo el conformismo. El año pasado participé en París en un coloquio sobre las Revoluciones. Estaba muy bien, todo era muy interesante, pero también me impresionó un poco ver cómo algunos jóvenes investigadores trabajaban sobre temáticas “revolucionarias”, “la revolución” en el siglo xx como objeto de estudio, desde la Revolución Rusa hasta las guerrillas de los años setenta. Me sorprendió ver hasta qué punto

un acontecimiento o una experiencia se cosifican cuando se convierten en objetos de estudio legítimos y pueden ser estudiados en el marco de las instituciones científicas y acogidos en las editoriales y revistas, etc. Me impactó ver la distancia –que es generacional, porque los jóvenes investigadores nacieron después de los acontecimientos– y el acercamiento tan frío y tan “científico” que podían establecer. Es un fenómeno particularmente fuerte en Francia debido a la influencia de Pierre Bourdieu y sus teorías sobre el trabajo en ciencias sociales, y en Alemania debido a esta tendencia neopositivista de la cual hablaba antes. Igualmente resulta chocante –sobre todo a la gente de mi edad, que ha tenido una relación mucho más subjetiva con estos acontecimientos y que pasa obviamente por vivencias propias– cómo la transformación en un objeto legítimo de investigación normaliza de alguna manera el acontecimiento, lo transforma en un objeto frío al cual podemos aplicarle métodos estandarizados de investigación. Esto es válido para toda la historia del siglo xx.

N. T.: En el marco de su trabajo en ámbitos académicos, usted fue a la Argentina varias veces. ¿Observó esto también allí?

Hoy, antes de haber defendido la tesis de doctorado, los estudiantes ya han tenido que presentarse a entrevistas para saber cuál va a ser su tema de investigación; en este marco, buscan temas que les garanticen un puesto de trabajo en la universidad. Es el paradigma neoliberal. Les pedimos a los jóvenes que gestionen sus carreras según el principio de la competencia, de la productividad. Tienen que saber venderse en el mercado.

E. T.: Creo que en Argentina esto es mucho menos fuerte por distintas razones. Es un caso que se parece más a lo que ocurre en Italia con los estudios sobre la década de 1970. En efecto, en Italia, debido al terrorismo de esos años, los jóvenes investigadores abordan esta herencia controvertida, este pasado problemático, desde una perspectiva distinta a la relación que pueden establecer los investigadores franceses o alemanes con su propio pasado. Tiendo a pensar que en la Argentina no pueden aplicarse esos modelos formalizados de historización de la memoria, desde Henry Rousso hasta Paul Ricoeur, que utilizan esquemas algo estandarizados y aplicados a diferentes situaciones, con una sucesión de etapas: el acontecimiento traumático, la fase de represión (*refoulement*), la anamnesis y después la obsesión memorial⁷. Por supuesto, hay rechazos, acumulaciones de tensiones y resentimientos, etc., pero en términos generales, no funciona el esquema que sirve, por ejemplo, para el caso de Vichy, el Holocausto, la Guerra de Argelia o la Resistencia.

En la Argentina, no hubo una ruptura simbólica como lo fue el juicio de Núremberg. Hubo una multiplicación de juicios que han sido mucho más serios que el juicio de Núremberg, pero sin la misma dimensión

simbólica de corte histórico capaz de marcar un cambio de época. Se estableció inevitablemente una distancia que hace que la Argentina actual sea muy distinta a la de la dictadura, por supuesto, pero también de lo que fue el país previamente. Se puede decir entonces que hubo claramente una distancia histórica, pero no hubo ruptura. Ese pasado sigue allí. La fórmula de Ernst Nolte, “un pasado que no quiere pasar”, es mucho más válida en el caso argentino. También se puede utilizar para Alemania en los años ochenta cuando este pasado volvió a estar presente. Además, hay que tener en cuenta que la transición democrática en Argentina sucede poco después de la transición española, en otro contexto. Ocurre en los años ochenta, cuando la cuestión de la memoria ya se estaba convirtiendo en un tema central de la cultura occidental en su conjunto. Hay una globalización cultural que pasa por esta categoría de la memoria, que afectó las formas de las transiciones y que convirtió a los derechos humanos en una cuestión central. En este marco no puede haber represión del recuerdo (*refoulement*). Durante un tiempo, existió el rechazo de la lucha armada, pero el tema volvió y hoy, en Argentina, se ha convertido en un objeto de investigación legítimo.

⁷ Ricoeur, Paul (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.

N. T.: Según usted, ¿cuáles son las condiciones para este tipo de investigaciones? En este aspecto, ¿qué diferencia hay entre Argentina y los países europeos o los Estados Unidos?

E. T.: En Argentina, me parece, la investigación está menos “controlada”. Es un país en el que hay una cultura de las revistas y muchas de ellas han acogido este tipo de investigaciones. Revistas híbridas, no se trata de los *Annales*, pero tampoco son revistas militantes y tienen un público significativo. Son revistas que existen no sólo porque los investigadores tienen que publicar un número de artículos al año, o porque reciben un financiamiento del CONICET. Creo que hay un contexto que permite esto, puede que la relación entre cultura y política no sea la misma en Francia o en los Estados Unidos y esto lleva a una historiografía del tiempo presente mucho más politizada que en Europa occidental. Es una diferencia fundamental entre América Latina y Europa. El final de las utopías de los años setenta, el peso de la derrota, es mucho más importante en Europa que en América Latina, y esto cambia la visión del pasado y la

forma de acercarse a este pasado, la manera de escribirlo.

N. T.: Además del caso argentino, ¿qué casos de otros países de América Latina conoce? ¿Cuáles le parecieron particularmente interesantes?

E. T.: Fui a varios países latinoamericanos. Con quienes tengo más contacto es con investigadores mexicanos, pero no soy un especialista de América Latina. Cuando voy a un país latinoamericano siempre es para hablar de historia europea y, evidentemente, la relación que cada uno de esos países tiene con la historia europea es distinta. Esto cambia mucho el tipo de debates que puede plantearse. Para mí, es una inspiración, es un intercambio muy importante porque me permite entender hasta qué punto las temáticas que me interesan pueden alimentarse de los trabajos de historiadores latinoamericanos sobre otros objetos que no sean los míos. Estamos ante problemáticas comunes, es un ejercicio de relativización, que nada tiene que ver con el relativismo posmoderno, pero que es un replanteamiento muy saludable del eurocentrismo que pasa por experiencias vividas.

Cuando uno va todos los años a países diferentes de América Latina, este cuestionamiento del eurocentrismo se convierte en algo que uno integra. Por ejemplo, creo que esa tenue familiaridad con América Latina ha sido fundamental para mí a la hora de pensar la noción de periodo. ¿De qué hablamos cuando hablamos de periodización? ¿Cuáles son las divisiones o los cortes históricos y cómo el mismo acontecimiento puede ser visto a partir de observatorios distintos? ¿Qué significa hacer una historia integrada y cuestionar cortes temporales tradicionales que, de alguna manera, implican escribir una historia sin cortes, o con una multiplicidad de cortes⁸, sabiendo que el concepto de época puede tener un alcance global, pero que esta época tiene fronteras temporales muy variables según los contextos? Sucede algo de este tipo con la historia del fascismo. Pienso en un historiador de la historia del fascismo en Argentina que está en Estados Unidos, Federico Finchelstein; sus investigaciones me han ayudado mucho a escribir sobre el fascismo en Europa⁹. Ver qué es el fascismo en

Argentina permite entender el fascismo en Europa.

N. T.: ¿Cree que otros investigadores en Francia o en otros países de Europa tendrían también que acercarse más a esta experiencia de investigación latinoamericana?

E. T.: No soy muy optimista. Creo, efectivamente, que los investigadores tienen una gran responsabilidad y tienen que intentar promover proyectos comunes. Pero ha habido que esperar cincuenta años para que en Francia saliera un libro sobre la guerra de Argelia en el que han colaborado investigadores franceses y argelinos. Para Francia, Argelia no es un país exótico y han tardado ese tiempo. ¡Imagínese América Latina! La relación de Francia con América Latina no es la misma que puede mantener con un país como España. El caso del trabajo de la investigadora argentina Marina Franco es muy significativo para esto. Ha hecho una tesis sobre los exiliados argentinos en Francia que aporta elementos muy esclarecedores sobre la realidad francesa de



Archivo del entrevistado

Las instituciones son las más permeables a la memoria colectiva diseñada y difundida por la industria cultural. El eclipse de la memoria de la Resistencia es en gran medida la consecuencia de una derrota histórica de la izquierda y del movimiento obrero que silenció a los actores de esa experiencia y puso en discusión la legitimidad de su compromiso político. En una era “posttotalitaria”, la mirada se dirige hacia las víctimas, y otros actores del pasado –en este caso los combatientes– desaparecen.

los años setenta y ochenta: ningún editor francés quiso traducir y publicar el libro¹⁰. Otro ejemplo: recuerdo una conversación con quien era director de Fondo de Cultura Económica. Él subrayaba una diferencia descomunal entre el número de títulos que el Fondo traducía del francés, el alemán, el inglés, etcétera, y el número de títulos de la editorial que se traducían a esas lenguas. Estamos hablando de la mayor editorial de Ciencias Sociales en lengua española. Es otra prueba, cuando hablamos de eurocentrismo, de que hay algo que está profundamente arraigado.

N. T.: En un plano más general, ¿cuáles son las condiciones actuales para la investigación sobre temas de memoria?

E. T.: En términos generales, tengo la sensación de que la investigación sobre memoria es cada vez más deudora, o está más sometida, a las políticas de la memoria. Estas políticas llevan a que los que no han tenido un puesto en una universidad puedan acceder a otros fondos para financiar sus trabajos. Tengo la impresión de que la mayoría

de las personas que están fuera de la corporación académica y que investigan lo hacen gracias a apoyos materiales, por ejemplo becas, que ofrecen ciertas instituciones. Pero es evidente que esto tiene consecuencias profundas sobre la forma de producir conocimiento acerca del pasado y sobre la manera de definir la relación que nuestras sociedades mantienen con el pasado.

En este sentido, se me ocurre un ejemplo muy esclarecedor en Italia: las personas que trabajan en los centros de investigación ligados a los institutos de historia de la Resistencia. En cada ciudad, hay un instituto de historia de la Resistencia que, al principio, preservaba la memoria de la Resistencia en tanto acontecimiento fundador de la democracia después de la Segunda Guerra Mundial. Estos institutos siguen existiendo y organizan viajes con las escuelas a los ex campos de concentración. En este marco, muchas personas pueden financiar sus investigaciones porque tienen una beca de estos institutos, pero también implica que deban cumplir ciertas obligaciones como, por ejemplo, acompañar a las escuelas a Auschwitz.

De una manera general, las instituciones son las más permeables a la memoria colectiva diseñada y difundida por la industria cultural. El eclipse de la memoria de la Resistencia es en gran medida la consecuencia de una derrota histórica de la izquierda y del movimiento obrero que silenció a los actores de esa experiencia y puso en discusión la legitimidad de su compromiso político. En una era “posttotalitaria”, la mirada se dirige hacia las víctimas, y otros actores del pasado –en este caso los combatientes– desaparecen. De esa manera, es toda una dimensión de la historia del siglo pasado –que no fue solamente un siglo de guerras y genocidios sino también un siglo de luchas y de revoluciones– la que desaparece. Un poco como las mujeres, que durante siglos estuvieron ausentes de la manera en que se escribía la historia y se representaba el pasado.

N. T.: Volviendo a las becas de los institutos que usted evocaba para el caso italiano, el efecto, entonces, es que estos investigadores estudian el Holocausto, y ya no la Resistencia. Como usted decía, ya no se trabaja

sobre lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial en un plano general, sino sobre lo que ocurrió específicamente en los campos de concentración nazis.

E. T.: En este sentido, las instituciones europeas contribuyen a estructurar esto de esta manera, porque es así en muchos países. Las políticas de la memoria construyen un imaginario colectivo, una consciencia histórica, ya que están ligadas a las conmemoraciones. Los institutos de los cuales hablaba organizan con regularidad seminarios y formaciones para los docentes de enseñanza secundaria. En este marco, para una persona que investiga sobre temas no relacionados con el Holocausto significa sustraerse a cierto *Zeitgeist*, “espíritu del tiempo”, y significa renunciar a posibilidades, que ya están limitadas, de financiamiento. Hay que tener en cuenta, además, que estas instituciones organizan también presentaciones de libros y seminarios que permiten que un investigador sea reconocido como tal. Estamos ante un sistema que se consolida cada vez más. ✕

10 Franco, Marina (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.